

LITERATURA ESPAÑOLA DE VIAJES

Profesor: Tomás Yerro

**M^a Pilar Berrade, M^a Elena Oliva,
Josune Espartza, Inma Biurrun**

Biblioteca Pública de Barañáin (Navarra)

Febrero de 2017

MARÍA PILAR BERRADE MARTICORENA

La importancia de un libro

Ya no te pesarán las soledades
si te acompaña un libro,
visitarás culturas y países
antes desconocidos,
y volará tu mente
con dosis de criterio y raciocinio.

Cerrado es la antesala a la aventura
que te invita a acompañarle en su camino,
abierto es sorprenderte de otras vidas,
de trenes con parada en otros sitios.

Hay estaciones que son indiferentes
y el argumento sigue su camino,
y en ese transitar continuamente
descubrirás paisajes infinitos.
Y, ¿qué mejor para una tarde de lluvia
que acariciar las páginas de un libro?

MARÍA ELENA OLIVA

El tren a ninguna parte 1993

"Ante el riesgo, el arma más segura es un buen ojo, la previsión"

Henry Stanley (1841-1887), periodista y explorador británico.

Se miró al espejo por última vez. La verdad es que el traje de chaqueta negro le sentaba muy bien. La largura de la chaqueta era la justa para disimular sus caderas. El pelo, recién lavado, se posaba suavemente sobre los hombros; un maquillaje acentuado, ya que la fiesta consistía en una gran cena con baile. Metió los zapatos de tacón alto en una bolsita de plástico y se calzó otros negros, más bajos, a fin de poder andar más cómodamente.

La calle estaba muy transitada. Para una ciudad como aquella, las 17 horas sacaban a la gente a pasear con los últimos rayos de sol. Las tiendas, a punto de cerrar, mostraban en sus escaparates los alegres colores de la moda del próximo verano.

María se encaminó por la ancha avenida que daba a la estación. En realidad, disponía de mucho tiempo; le gustaba hacer las cosas con bastante antelación; la puntualidad estaba instaurada en la pareja desde el comienzo de su noviazgo. Con paso decidido entró en la estación. Sacó la chuleta que llevaba en el bolso para seguir al pie de la letra todas las indicaciones que su marido le había escrito:

“El tren sale a las 18 horas”. “Espera en el andén a que llegue”. “Seguro

que hay un interventor a pie del vagón, le muestras el billete, subes y buscas tranquilamente el número de tu asiento”. “El tren va directo, sin paradas, de estación a estación”. “Tarda media hora exacta”. “Yo estaré esperándote puntualmente en el andén”. Todas estas consignas estaban escritas con la letra menuda de su marido en una pequeña hoja de papel, en un intento de tranquilizar a María.

-Pero no tengo ni idea de hablar alemán -protestaba ella.- Y si me equivoco, ¿quién puede ayudarme?.

No lo tenía nada claro, pero la idea de una fiesta por todo lo alto, con gente variopinta, diferentes idiomas; cena en una estación cerrada para ellos, con música en directo, era un acontecimiento que no podía rechazar. Seguro que un festejo así ocurre una vez en la vida. Se trataba, pues, de un viaje de trabajo con un final apoteósico, donde se podía llevar pareja.

En principio no había ningún problema. El día anterior el matrimonio estuvo en la estación. Compraron el billete y su marido le indicó el andén número 6 y comprobaron en el billete la hora exacta en que arrancaría el tren. Después de tantas explicaciones, María estaba segurísima de que llegaría al destino, donde su marido estaría esperándola. Se trataba de un trayecto de media hora justa, en un tren rápido. A ella los idiomas no se le daban muy bien, tan sólo chapurreaba el francés que antaño, de jovencita, lo había aprendido en un internado en Bordeaux, del que no guardaba precisamente muy buen recuerdo.

La estación era una marea humana, de gente yendo y viniendo, con

mochilas y maletas que dificultaban bastante el tránsito. Un murmullo ensordecedor impedía escuchar con nitidez las consignas que se voceaban a través de los altavoces. María miró su reloj, comprobando que coincidía con el de la enorme esfera que presidía el hall de la estación. Como la hora estaba muy próxima, se encaminó hacia el andén indicado en el billete, bajó por las escaleras mecánicas que ayer mismo había ensayado con su marido. Así, de ese modo ya había aprendido el camino hacia el andén que indicaba el billete.

Se sentía un poco nerviosa; todo era nuevo para ella; lo del idioma lo llevaba bastante mal. La idea del viaje a Alemania en pareja le hizo mucha ilusión desde el principio. Podían aprovechar unos días para estar juntos sin tener que preocuparse de nada más. Como la convención era a nivel internacional, había tal cantidad de profesionales inscritos, que tuvieron que distribuirse en varias ciudades cercanas. A primera hora de la mañana unos autobuses recogían a los congresistas dispersos en múltiples hoteles y los llevaban a la ciudad de Karlsruhe.

Mientras tanto, María tenía todo el día para visitar la ciudad, cotillear las tiendas, subir al hermoso castillo con un funicular y esperar el regreso de su marido para cenar juntos en alguna cervecería típica. Se trataba de una semana fantástica; dejaba atrás los mocos, las peleas y los gritos de sus hijos pequeños. Ella sola, perdida en una ciudad de centro Europa, disfrutando de una primavera incipiente, fría a la mañana, que se calentaba con los rayos de sol del mediodía. Se levantaba

tarde y salía a recorrer el casco antiguo y los barrios periféricos. Paseaba sin prisas. Buceaba en las tiendas, incluso conoció los primeros preservativos de sabor a frutas que hacían furor entre la gente joven. Recorría las viejas calles con tranquilidad. Al mediodía se sentaba en un banco y comía un bocadillo, observando a la gente tan variopinta que pasaba con prisas y maletines, mientras masticaban a todo correr un “perrito” de salchicha con mostaza.

No entendía el idioma, pero sonreía por doquier, en un alarde de agradecimiento por lo bien que se sentía. Había conseguido un permiso de ocho días en su trabajo. Llamó a su madre, que siempre estaba dispuesta para ayudarla, y que se quedaba con la prole. Lejos del trabajo y del hogar, disfrutaba de unos días de relax completo. Se sentía tranquila y feliz, disfrutando con todo lo que sucedía a su alrededor.

Se aproximó un tren y paró tal como decía el papel con las consignas de su marido. Un hombre uniformado iba atendiendo a las personas que subían al vagón. Al llegar el turno de María, éste cogió el billete y después la miró sorprendido. Mascullaba algunas palabras que, naturalmente, ella no pudo entender. Con un leve ademán, el hombre movió la mano para indicar las escalerillas del vagón.

Tranquila, buscó el número de su asiento; observó que el compartimento en pocos segundos se llenaba completamente. Parecía gente que vivía en otros lugares y volvían a casa después de una larga jornada de trabajo. Arrancó el tren justo con tres minutos de adelanto. Ella no le dio ninguna importancia; al fin y al cabo, había seguido atentamente las indicaciones

que tenía en la hoja de papel. Apenas se distinguía alguna luz a través del cristal. El manto de una noche oscura iba envolviéndolo todo.

De pronto, el tren se detuvo. Miró por la ventanilla. A lo lejos una estación, pequeña y coquetona, recibía a unos cuantos pasajeros, que con andares rápidos se iban adentrando en la oscuridad.

-¡Qué raro! -dijo casi en voz alta.- Rafa me había dicho que el tren era directo, sin ninguna parada.

Justo a los pocos segundos de pronunciar esas palabras apareció un nuevo revisor. Su cara colorada y los bigotes grandes no hacían presagiar nada bueno. Iba ticando uno a uno los billetes que los pasajeros entregaban alzando la mano. María se sentía incómoda. No sabía exactamente el motivo; sin embargo, alguna señal de alarma sonaba en su interior. Cuando llegó junto a ella, María alargó la mano y le entregó el billete. El hombre bigotudo lo miró, alzó la cabeza hacia ella y, muy exaltado, soltó una larga parrafada. Airado y rojo de furia, le entregó el suyo y siguió avanzando por el pasillo pidiendo más billetes.

El tren de nuevo volvió a pararse. Esta vez María empezaba a sentir miedo, pánico, incluso. Estaba segura de que se había equivocado de tren, pues no era el rápido que tanto le repitió la noche anterior su marido. Unos tremendos escalofríos empezaban a recorrer su espalda. Estaba presa del pánico.

-¿Hacia dónde voy?- se preguntaba alarmada.

Miraba a la gente de los asientos vecinos. Rostros impávidos y fríos que

se entretenían mirando a un punto del techo del vagón; otros dormitaban apoyando las cabezas en los respaldos o leían un periódico.

La situación empezaba a volverse muy preocupante para María. Intentaba controlar los nervios que se iban apoderando de ella a medida que se paraba el tren en las sucesivas estaciones oscuras. Sin saber el idioma y no poder explicarse. Su preocupación y nervios iban en aumento. ¿Hacia dónde la llevaba aquel tren equivocado? ¿Irían hacia una frontera? ¿Cuál sería? ¿Cómo podría comunicarse con su marido si ni siquiera sabía el lugar exacto de la cena? A duras penas logró recordar el nombre del hotel donde se alojaban. Había sido una osada, atrevida y loca en aceptar que con las únicas indicaciones de aquel papelucho, ella llegaría a feliz término en su viaje.

¡Pobre María! Realmente estaba aterrorizada, paralizada por el miedo. No sabía cómo actuar. Nunca se había encontrado en una situación semejante. Tiritaba y le sudaban las manos. Le dolía terriblemente la cabeza, fruto del subidón de tensión que seguro tenía en aquellos momentos.

Necesitaba calmarse para tomar las riendas de la difícil situación. Tener la cabeza fría para tomar decisiones en aquellos momentos de apuro. Respiró hondo varias veces, y se puso de pie en medio del pasillo. Con voz trémula dijo:

-*¿Il y a quelqu'un personne qui parle francais?* -Un silencio sepulcral invadió el vagón. La gente ni se inmutaba; seguían sumergidos en sus mundos. No era muy normal ver a una mujer en medio del pasillo

a punto de soltar las lágrimas. Tampoco muy extraño, pues casi todos los días ocurría que algún viajero se olvidara de paquetes o bolsos y, lo que era peor todavía, dormirse y pasarse de estación.

Tal vez no entendieron el horrible chapurreado en francés que la sofocada María recordaba de su tiempo de internado en Francia. Seguramente hablaría mejor si no estuviera tan nerviosa, a punto de llorar. Ante ella se presentaba una situación muy difícil de solucionar. Caótica y tremebunda, con grandes dificultades para llegar a un final feliz.

Sacando fuerzas del terror que sentía, volvió a levantarse, repitiendo la misma frase dos o tres veces más; esperaba que algún viajero levantara la mano o hiciera alguna señal de que comprendía el mensaje. ¡Por fin esta vez tuvo suerte! Una mujer gorda, mal peinada y también muy roja, se puso de pie. Sonreía con aire de misterio. María, con dos zancadas, se dirigió hacia ella, al tiempo que agitaba la mano que mostraba el billete que tan segura había sacado la tarde anterior. La mujer lo leyó, soltando una risita contenida.

-*¡Oui, oui!* - silabeó, mientras devolvía el billete a María.

-*¿Le train va à Karlsruhe?*- preguntaba de nuevo.

El sofocón era importante en aquellos momentos. Volvió a repetirlo por si la oronda alemana no entendía muy bien su deficiente pronunciación. Hacía mucho tiempo que dejó aparcado su francés; tan sólo estuvo un curso en el internado de Bordeaux, donde se enfrascaba a diario en la lectura de toda clase de novelas, olvidando por completo la práctica del

idioma galo.

-*¡Oui, oui!* -volvió a repetir la sonriente alemana. Empezaba a dudar de si aquella mujer entendía el francés, si era anormal o se estaba riendo descaradamente de ella.

-*¿Pour quoi le train s' arrête à toutes les stations?* -volvió a insistir María, comprobando que solamente aquella mujer podía responderla.

-*¡Oui, oui!* -repitió; no había forma de sacarla de aquel monosílabo. Entonces María definitivamente comprendió la situación: la mujer de la risa floja no entendía nada de lo que ella le había estado pronunciando lo mejor posible. ¡Estaba perdida! Nadie podía ayudarla en aquellos momentos tan difíciles. Estaba sentada en un tren cuyo destino ignoraba. Sin hablar el idioma, con rumbo desconocido y en medio de noche tan negra como el tizón.

La gente se iba apeando conforme el tren se detenía en las sucesivas estaciones. Apenas quedaban unos pocos viajeros en el largo vagón. María veía a lo lejos a la mujer, a la cual se había acercado a preguntar. Rezaba a todos los santos para que al menos ella no la dejara abandonada en medio de aquel vagón casi desierto. Mientras tanto, el tren avanzaba en medio de la noche, sin posibilidad de poderse comunicar con su marido. ¡Estaba perdida!

Se sentía medio desmayada. Pánico, realmente pánico era lo que sentía. Ya no era el calor de sus mejillas, ni el dolor en la boca del estómago; ahora comenzaba un fuerte dolor en la espalda, en el brazo. Se mareaba por momentos. Sentía los mismos temblores de miedo que cuando dio a

luz a sus hijos. Sus piernas no la sostenían. Las manos le sudaban. De nada le serviría seguir llorando acurrucada en el asiento.

El tren se detuvo por enésima vez. Ahora sí que se había quedado completamente sola. La mujer sonriente y gorda hizo un ademán en señal de adiós; se apeó y se fue diluyendo entre las nieblas de la estación oscura.

-¡Estoy completamente sola! -respiraba a trompicones.- ¿Qué hago ahora?- Esta vez no pudo reprimir las lágrimas. El miedo la acosaba.

Estaba indefensa, de camino hacia un lugar desconocido. Menos mal que llevaba un poco de dinero, no mucho, pero sí lo justo para volver a coger otro tren que la devolviera a Heidelberg y poder llegar al hotel. Pero, ¿a esas horas de la noche saldría algún tren? ¿Cómo podría explicar que quería un billete? ¿Y su marido? No había forma de ponerse en comunicación con él. Llevaría impaciente más de dos horas esperándola en la estación de Karlsruhe.

Allí, en medio de un vagón de tren, de un país desconocido, se puso a llorar desconsoladamente. Ya no le importaba el rímel que suponía se iba corriendo por su cara. Tan sólo pensaba en Rafa y en los niños. En lo que pudiera pasar si se apeaba en una de aquellas estaciones solitarias. Debería reaccionar. Era una mujer valiente que se había enfrentado a muchas situaciones difíciles en su vida. Claro que aquella superaba todo lo vivido con anterioridad.

Cogió su bolsita con los zapatos de tacón que supuestamente llevaría en el baile. No tenía otra alternativa que ponerse en la puerta del vagón, de

manera que cuando se detuviera en la próxima estación decidirse a bajar; debería enfrentarse a la noche y sus miedos.

La parada siguiente no tardó en llegar. Lo que vio María por la ventanilla de la portezuela no la animó en absoluto a dar el paso definitivo. Esta vez la estación estaba medio apagada. Nadie. Nadie. El terror era absoluto. A medida que el tren avanzaba en la noche, las estaciones estaban eran cada vez más oscuras. ¡Qué situación!

-Si volviera el revisor -pensaba, mientras arrancaba de nuevo el tren. -Me pego a él y por lo menos no estoy tan desesperadamente sola- el miedo iba encendiendo más y más su cara, ya de color granate oscuro.

Los fuertes latidos de su corazón era lo único que se oía en el silencioso vagón. ¡Estaba sola en aquel larguísimo vagón!

Otra parada. Esta vez la estación estaba más iluminada que las anteriores. Un letrero muy grande anunciaba “Karlsruhe”. Cuando se detuvo del todo el convoy, abrió la portezuela y se dispuso a bajar. Sin embargo, algo instintivo la hizo detenerse, agarrándose con fuerza al pasamanos. Aquella estación estaba igual de siniestra que las anteriores, peor aún. Nadie. El ladrido lejano de un perro, que tampoco se veía, ya que la niebla era muy densa.

-No me bajo- gritó en medio de la noche.- Esto no me da buena espina. No parece la estación de una ciudad importante. Parece una estación de mercancías o algo parecido.

Cerró, de nuevo la portezuela, apoyándose en la pared del silencioso vagón. Respiraba con dificultad. Eran unos momentos de gran tensión ¿Y

si se había equivocado? Pensaba constantemente en su marido; en lo mal que lo estaría pasando; revisando cada tren que llegara por ver si aparecía su mujer. El tren arrancó lentamente, dejando atrás la oscura estación. Esta vez se movía muy lento, a trompicones, como si de un momento a otro se volviera a detener.

Avanzó casi un kilómetro en medio de la densa niebla. Ahora se paró con un frenazo seco. María miró por la ventanilla. Se trataba de una estación grande, amplia, luminosa, con mucha luz. Por el ancho andén había gente moviéndose con maletas y mochilas. Un gran letrero, iluminado por luces blancas y verdes, indicaba muy a las claras que estaba en Karlsruhe, la ciudad donde su marido se suponía la esperaba.

Era tal la emoción de ver una estación repleta de gente que, decidida, abrió la portezuela y bajó corriendo por miedo a que arrancara otra vez el maldito tren. Respiró hondo, mirando a su alrededor. Por lo menos se encontraba en medio de la gente.

Allá, a lo lejos, pasados unos minutos interminables, divisó la figura inconfundible de su marido. Era Dios. Le pareció un ser sobrenatural; un dios de la mitología griega; el hombre maravilloso que corría como en las películas: el protagonista va en busca de su amada, haciendo señales con las manos y vociferando su nombre. María casi no podía andar. En cuestión de nada se iba a desmayar. Estaba paralizada después de un episodio tan terrorífico. Se estrechó en sus brazos y los dos empezaron a llorar.

Había sido una aventura demasiado dura y tremenda, donde el instinto

femenino jugó una baza importantísima. Con el paso de los años, María siempre recordó aquel tren como la aventura más grande de su vida.

¡“Creía que era una aventura y en realidad era la vida”

J. Conrad

JOSUNE ESPARTZA

Myanmar

De nada le sirvió su decisión, su empuje, sus labios de cereza traviesa. Ni siquiera su nombre: Argia. Solo pudo avanzar cinco pasos, cinco, ni uno más. Dejó caer los brazos, aflojó las rodillas y se detuvo leve, sin aspavientos, como un juguete sin pilas anclado en su último gesto. Iñaki, por el contrario, seguía activo. Sus manos veneraban la cabeza de Buda con caricias intensas y redondas. Pero el ritual duraba ya demasiado, y Argia empezaba a impacientarse. “¡Que pesado!... a ver si termina pronto, que hoy apenas hemos comido. Si casi está en éxtasis, ni a mí me acaricia así...”

Llevaban doce días en Myanmar, él aficionado a la fotografía, ella a la escultura. Él tranquilo, ella locuaz. Dos jóvenes curiosos de vaquero y camiseta en un país casi virgen, el más budista del sudeste asiático, donde solo la policía usa pantalones y las mujeres se maquillan con polvos de arroz.

Comenzaron el viaje en las cuevas de Pindaya, una caverna natural de piedra caliza al noroeste del Lago Inle. Aproximadamente 8.000 reproducciones de Buda, de diferentes formas y tamaños, con restos de humedad bajo un abanico de luz y sombra. Y a ella le gustó por eso.

Porque era todo lo contrario a los templos católicos, con sus efluvios dulzones, ardores reprimidos y sebo de casulla. Desde que la mano regordeta del padre Zenón se aventuró por el escote de su amiga Margarita, desconfiaba de la clericalla católica. Las cuevas birmanas, por el contrario, le parecían bodegas, cavas donde la fe se toma su tiempo, como un buen reserva. Hasta donde ella sabía, los grandes caldos requieren un grado de humedad. Y su fe también. Como Richard Gere, su actor favorito, prefería el budismo, tan filosófico, tan respetuoso, tan igualitario..."Objetivo Birmania", pensaba sonriendo. Y objetivo cumplido. Próxima parada: Tibet, o en su defecto, Daramsala, para estrechar la mano del Dalai Lama.

Paseó su mirada entre las estatuas, de izquierda a derecha, de abajo arriba. No sabía cuál era su preferida. En una esquina, al amparo de un Buda enorme, vio a Iñaki, arrodillado y en actitud de orar. Se sorprendió. Ella estaba a punto de hacer lo mismo. Sus labios se desperezaron y cerró los ojos en un intento de retener aquel momento tan hermoso. Tanto que tenía que compartirlo. Y él parecía adivinarle el pensamiento.

¡-Venga, elige un Buda que te guste y te hago una foto.

Siguieron muchas fotos más. Ve ntajas de "la digital" que decía Iñaki. En un templo de Bago tuvieron que cambiar la tarjeta de memoria a pesar de que era de cuatro gigas. No era para menos. Un largo de Buda yacente

necesitaba varias instantáneas y tratamiento de panorámica. Era tan grande que el templo parecía una camisa de fuerza ideada por la competencia. La deidad, grande también en humildad, sabiduría y gracia, permanecía indiferente con sus plantas doradas casi en la pared.

1

l-Argia, ¿cómo lo ves? Está que se sale. Impresionante, pero me va a arruinar las fotos. Ni luz, ni encuadre...

- No sé me abruma un poco. Demasiado grande para mí, o demasiado aséptico, o tal vez sea el olor, este olor...

Y es que la gente comía en el templo y fuera de él, con devoción voraz, con desparpajo casi repugnante. Comían arroz blanco y poco más, casi estrujado entre sus uñas negras. Antes y después, rezaban. Alimento de cuerpo y alma a los pies de un Dios enorme e indiferente. Muchos lucían un tatuaje de Buda en el brazo derecho, que al moverse al unísono resultaba perturbador. Argia se refugió en un rincón. Con el último clínex se limpió el sudor. ¡Qué agobio! Recordó una vez más su viaje a Roma, cuando un chiflado, con ánimo de seducirle, se desabrochó la camisa dejando al descubierto un tatuaje de María Auxiliadora con pelo natural como garante de su catadura moral. Desde entonces aborrecía los tatuajes.

Continuaron hasta la pagoda Shwemawdaw, la más alta de Birmania, con excelentes vistas. Ni siquiera entraron. Querían pasar un rato al aire

libre, solos y disfrutar de la puesta de sol desde lo alto de una de las estupas. Parecía sencillo, pero cada vez que intentaban subir, un monje les repetía, impasible el ademán, que solo estaba permitido subir a los hombres. Iñaki estaba fuera de sí. Sus brazos eran aspas de molino desenfrenadas. “No tiene sentido”, repetía cada vez más alto. Hasta se le escapó algún exabrupto, pero no sirvió de nada. “Maldito monje, nos ha arruinado el día”. Y a pesar de la insistencia de Argia, no quiso subir solo. Renunció a las panorámicas, a la conversación, y a la cena. La anguila con soja, exquisita, quedó intacta en el plato. Y ella se acostó pensando si habría perdido también las ganas de abrazarla.

Al día siguiente, se levantaron al amanecer para ver la impresionante procesión de monjes por las calles, con su escudilla vacía en busca de un poco de arroz. Iñaki les ofreció un pequeño donativo para que le facilitasen los encuadres. Quería fotografiarlo todo, y era como si cada clic alimentase no solo su curiosidad, sino algo más personal, más íntimo.

l-Argia, ¿otra foto?

l-No, Iñaki. A mí no. Ahí tienes un grupo de monjas. Casi pasan desapercibidas.

l-¿Las de los hábitos blancos?

l-No son blancos, son rosados, pero están muy raídos.

Durante el resto de los días tuvieron ocasión de comprobar que los lamas

de alta graduación no se alimentan solo de arroz, el trasiego humillante de las mujeres jirafa, y la represión de la junta militar contra los monjes, las minorías étnicas, y la líder Nobel de la Paz Aung San Suu Kyi.

Hasta la calma de Pagan se resentía a veces, con la llegada de heridos. En sus miradas, un dolor sangrante y otro discreto, como un tumor de silencio. La gente se apresuraba a esconderlos en la casa más próxima, con más miedo que prisa.

Y el viaje continúa, entre sol y monzones, bajo un Buda impasible, protagonista de los desvelos de la cámara fotográfica.

Secundarios de lujo, las pagodas. Los mayores elogios fueron para la de Shwedagon en Yangon, la más espectacular del Sudeste asiático, pero el cénit místico del viaje era el monasterio Nga Phe. Y es que el viejo monasterio tenía algo especial. Allí todo era sagrado: las maderas, los nobles pilares que lo sustentaban, los Nats de las paredes, las ofrendas y por supuesto, las intenciones. Todo menos los monjes. La mayoría jóvenes inquietos, con una colección de gatos amaestrados para disfrute de los turistas, que aplaudían el espectáculo entre sorbos de té. Después, con reverencias aprendidas, se despedían de los anfitriones para rendir honores a Buda. Un Buda muy rudimentario, casi sin facciones, pero muy querido. Iñaki estaba emocionado.

1 -Este Buda es uno de los más famosos y venerados. Observa, observa las caras ...

1-Sí, gente humilde. Este es un dios cercano, el dios de los desfavorecidos, de los niños, de las mujeres...Aquí si quiero una foto. La haremos después.

El Buda estaba muy desgastado. Él lo atribuía a la fe de los fieles. Pero ¿tan erosivas serían las caricias? Ella, creía que no. Que había sido modelado por manos inexpertas y que pedía a gritos un buen acabado. Como dos devotos más, cada uno compró seis "panes de oro" para añadir a la dorada cabeza de Buda y averiguar "in situ" las causas de su deterioro. Apostaron una cena. El ganador elegiría restaurante y menú para dos en calidad de invitado.

Pero solo Iñaki llegó al altar.

Argia esperó durante veinte largos minutos, con los brazos cruzados y un ligero "tic" nervioso en la pierna derecha. Sus labios de cereza eran apenas un hueso hostil y arrugado. Su apetito aumentaba mientras Iñaki "amasaba" el último "pan" con el mismo primor que el primero, dale que dale sobre la cabeza de Buda y continuaba después con la sesión de fotos.

Estaba a punto de perder la paciencia cuando lo vio regresar con paso solemne y cara de guasa

- ¿Qué pasa? ¿Los dedos dormidos? Te he estado esperando. Me debes una...

- ¿A mí? ¿Qué me pasa a mí? Di mejor qué le pasa a Buda, a este Buda, alérgico, según parece, a las manos femeninas.

- Cálmate. No te pongas así cariño. No entiendo...

- Yo te explico. Un monje me ha cortado el paso: “Señorita, las mujeres no pueden tener contacto físico con Buda” Ha añadido algo más pero yo ya tenía suficiente. Y no me hables de esperas, por favor.

- Bueno mujer...no te lo tomes así, son cosas que pasan. ¿Hacemos tu foto?

- No, Iñaki. Ya no.

Se miraron, pero solo un segundo. Ella detuvo una lágrima y él dejó en su mejilla, casi sin rozarla un leve rastro dorado. “Venga, olvídalo, te invito a cenar.”

Fueron a un restaurante chino, uno de los muchos de la minoría Shan. Iñaki guardó la cámara.” Aúpa neska. ¿El año que viene a Tibet?” “No sé, no sé...ya veremos.”

Se sentaron en una mesa de formica, frente a una TV en blanco y negro. La gente, poca, escuchaba un canal en inglés que no supieron identificar. El locutor hablaba sobre el Dalai Lama, sus relaciones con la CIA y los abusos de los monasterios, a los que comparaba, con o sin razón, con

los de la Iglesia católica en la edad media.

No pudieron evitar oírlo entero Cenaron muy despacio, con menos ganas y más silencios que de costumbre, aunque el pescado estaba estupendo. A los postres vieron las fotos. La mayoría estaban movidas.

Myanmar: *Birmania*

Nats: *Espíritus protectores.*

Etnia Shan: *Grupo étnico mayoritario del estado de Shan en Myanmar*

Argia: *Luz en Euskera*

Neska: *Muchacha*

<http://www.aporrea.org/internacionales/a53559.html>

INMA BIURRUN

Viaje a Whatsapp

No os fiéis de la placidez de las amables calles de Whatsapp

Recorriendo las mil y una vías que allí se agolpan, se registran, pisoteando cada una de ellas sigilosamente, se llega a Whatsapp. Whatsapp es inmensamente amplia, y al mismo tiempo amable y cercana, pero sólo en sus calles, en sus vías.

Sus habitantes son muy diversos. Algunos para circular exhiben máscaras que delatan sus gustos, sus preferencias. Otros, en cambio, portan máscaras extrañas tras las que se esconden.

Mientras circulan por las vías de Whatsapp, se saludan dedicándose lindezas, caricias verbales, en fin, las más bonitas palabras. Luego, cuando desaparecen de las calles, y se adentran en sus casas, se muestran hostiles, hoscos.

Por eso, algunos están siempre circulando por las calles y aceras, porque gustan de mostrar lo mejor de sí mismos, pareciendo que esto no les fuera permitido dentro de sus casas.

Se diría que las arterias de Whatsapp se llenan de gente frenética, eufórica, que necesita salir como quien ha descubierto una vida nueva en las calles de esta rara ciudad.

A veces, extrañamente, circulan en grupos numerosos, y no paran de hablar entre ellos.

Y más extraño aún, es que a altas horas de la noche, hay quien necesita salir para adquirir esa personalidad amable.

No se sabe muy bien de las gentes de Whatsapp, cuál es su verdadera identidad y cuál, la pose.

En el zoco

*Es el zoco un laberinto de colores
y pasiones que me atrapa,
que enajena, que embelesa.*

*Paseo entre naranjas, terracotas y azafranes,
inundada de mil aromas:
el dulzor de la canela,
el picante del comino,
el exotismo de la cúrcuma,
del cardamomo y del jengibre.*

*Y, de pronto, me encuentro tu mirada,
y en ti me baño, en tus ojos ambarinos:
dulces, picantes, exóticos.*

A Bernini

*Ante mí, se abre una espectacular,
pretenciosa, imponente
ciudad extraña.*

Aquí palpita el afán desmedido.

*No alcanzo a distinguir lo bello
ni el arte en su grandeza.*

*En vano para mí,
lucen las cúpulas,
la gran plaza, las columnatas:
ostentación divina.*

*Admiro el patetismo
en el rapto de Proserpina,
la belleza de Apolo y Dafne,
el dramatismo de Eneas huyendo
de la ciudad de Troya.*

*Pero en esta impostada plaza
de gigantescas dimensiones,
Bernini, he de decirte,

que son otros rincones,
otras las plazas
de iglesias recoletas,
de facturas humildes,
donde he vivido el éxtasis.*

El gato de Santa Sofía

*El canto del almuecín me despierta
de una plácida noche en mi escondite.*

*La luz se adentra suave en mi pupila.
Se enciende, se ilumina el santuario
de miradas, de gentes conmovidas.*

*La cúpula dorada, los mosaicos
se pueblan de siseos, de emociones,
pero sólo al mirarme a mí, sonrían
y, cuando me acarician, ronroneo.*

*Entre el púrpura verde de Laconia,
rojo de Egipto, amarillo de Túnez,
el ónice brillante de mi cuerpo.*

*¡Vivir la magia de sentirme único!
Por eso elijo este lugar divino.*

Lecáun

*Vuelvo a recorrer la senda
que me conduce hasta el pueblo.*

*Aquel chopo esbelto y firme
hoy me llena de recuerdos.
Oculto por la maleza,
el lavadero ya muerto
encerrando confidencias,
charlas amigas, mil cuentos.
En medio de aquella plaza,
soledad, vacío inmenso.
Allí seguía la fuente,
testigo mudo y eterno.
Yo busco con quien hablar,
con quien recrear mis sueños.
Sólo encuentro la respuesta
de un ladrido hostil y fiero.*

(De El jardín que sembraste, 2016)